

Lo que hay

Estamos a expensas de lo que el virus decida hacer con nosotros, y no a la inversa

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

FELIPE BENÍTEZ REYES



A estas alturas, raro es quien no tiene una solución expeditiva para acabar con esta pandemia. Todos sabemos lo que habría que hacer, que suele ser justo lo contrario de lo que hacen los responsables de tomar decisiones al respecto. Todos padecemos, en fin, el síndrome de Casandra, esa maldición mitológica según la cual nuestras advertencias alarmistas están condenadas a no ser tomadas en consideración por nuestros semejantes.

Si me permiten el descenso a lo personal, a mediados de mayo conjeturé que en la primera quincena de agosto asistiríamos a una expansión masiva y descontrolada de los contagios. No es que sea uno adivino ni nada similar. Para ese pronóstico bastaba con sumar 2 y 2, como quien dice. Por desgracia, el curso de los acontecimientos me ha dado la razón, lo que no quiere decir que haya acertado; simplemente aventuré lo obvio, que es algo diferente del acierto.

A pesar del empeño de nuestras autoridades por fomentar una ficción de tranquilidad, las cosas van muy mal y es posible que vayan a peor, dado que el concepto de 'nueva normalidad' se ha revelado como una absoluta falta de normalidad, tanto de la antigua como de la nueva, por no decir que se nos presenta como una anomalía sucesiva, sujeta no al patrón que marquemus artificialmente al curso de la pandemia, sino al patrón que la pandemia nos marque. Estamos a expensas, en definitiva, de lo que el virus decida hacer con nosotros, no a lo que decidamos hacer con respecto al virus. Esa es la cadena de mando, por más que nos hagamos la ilusión de ejercer un control tanto político como sanitario sobre algo que, al menos de momento, no admite control alguno.

Estamos en la carrera acelerada de la vacuna, convertida en una especie de competición de los orgullos patrióticos más que en una experimentación estrictamente científica. Con todo, habrá que pararse a pensar en que, una vez aprobada para su uso, quedará por delante otra cuestión: el acceso a esa vacuna, que por fuerza habrá de ser menos universal que selectivo.

En este complicado pandemio, ni siquiera los negociacionistas de la pandemia parecen estar felices. En una reciente concentración celebrada en Madrid, muchos de ellos coreaban: «Queremos ser normales, no subnormales», lo que no deja de ser una reivindicación muy justa: sólo pedían ser normales, no lo que demostraban ser.

El horizonte otoñal se nos presenta menos incierto que inquietante, porque la incertidumbre no está lejos de la certidumbre: todo apunta a que la pandemia volverá a la casilla de salida. En cuanto a la vuelta a las aulas, milagro será que no acabe siendo una vuelta inmediata a casa. Pero ojalá Casandra se equivoque.

¿Más fuertes?

JAVIER ZARZALEJOS

El Gobierno intenta banalizar sus errores de gestión de la pandemia y la grave situación del país con mensajes propios de un manual de autoayuda

kioskoymas#acabos@fu

Había que ver al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, en la rueda de prensa posterior a la conferencia de presidentes que se celebró en San Millán de la Cogolla el pasado 31 de julio. Si se quitaba el sonido de la televisión, su gesticulación se acercaba a la de un auxiliar de vuelo explicando las instrucciones de seguridad del avión. Puños cerrados cuando se refería a la dureza de la crisis (se acababan de conocer los datos del PIB del segundo semestre), palmas abiertas y brazos proyectados hacia delante para remarcar su mensaje de que lo peor había pasado y que empezaba la recuperación. Tono casi de confianza para buscar la complicidad con el público y exhibición de actitudes conciliadoras tan cuidadosamente estudiadas que solo pueden ser inauténticas. Y todo ello, envuelto en el «salimos más fuertes» que el Gobierno difundió en una de las campañas más insólitas de propaganda con cargo a fondos públicos.

De nuevo, no es verdad. No es verdad que salimos más fuertes, ni más unidos, ni más influyentes en Europa. Y no sólo porque estemos afrontando un rebrote de la pandemia que todavía no se sabe por qué sitúa todos los indicadores negativos de España muy por delante de los demás países europeos de referencia. No salimos más fuertes y no sólo porque se han hundido las esperanzas que el sector turístico tenía depositadas en el verano para aliviar su desastre. Tampoco, con ser grave, por el hecho de que la vuelta al colegio, el acontecimiento de referencia para el regreso a la normalidad de millones de familias, no es más que un enorme motivo de incertidumbre, que puede hacer difícilmente sostenible la conciliación laboral y amenaza con agrandar una preocupante brecha en la trayectoria académica de los estudiantes.

Esa grotesca ocurrencia del «salimos más fuertes» sólo ilustra retrospectivamente la banalización de una mala ges-



JOSÉ IBARROLA

ción de la crisis que se ha querido encubrir con un despliegue propagandístico en el que Sánchez ha protagonizado el papel central hasta la saturación. La evolución de la pandemia –insisto en que se necesita encontrar una explicación para el enorme diferencial negativo de España respecto a su entorno– y una contracción de la economía del 22,1% durante el primer semestre no deberían permitir que sucumbiéramos a los mensajes oficiales que parecen sacados de un manual de autoayuda.

La causa fundamental del debilitamiento de nuestro país que impide trazar un rumbo compartido con la necesaria proyección de futuro es esencialmente institucional y política. Se requieren acuerdos

para una década, cuando el objetivo del Gobierno es sacar unos Presupuestos desconocidos para el próximo año. Se requieren reformas que impulsen el cambio de un modelo productivo que pone de manifiesto sus limitaciones, y de lo único de lo que oye hablar en las instancias oficiales –pacto con Bildu incluido– es de cómo, cuando y hasta dónde se deroga la reforma laboral promovida por el Gobierno del PP. Se necesitan verdaderas actitudes de acuerdo, pero desde el Partido Socialista la prioridad que se transmite es insistir en lo saludable de su coalición con Unidas Podemos que aporta ese caótico extremismo de izquierda populista, en las antipodas de la cultura política del consenso. La pandemia está sometiendo a la estructura del Estado a un estrés sin precedentes, y entretanto las polémicas competencias difuminan la responsabilidad de cada instancia administrativa y política, sin contar con el espectáculo independentista en Cataluña, que empieza a sonrojarse incluso a no pocos de sus partidarios.

La dirección política del país que corresponde al Gobierno de Sánchez se ha revelado oportunista y divisiva, y no hay expectativas de que eso cambie. Si acaso, hay que esperar que insista en atribuir a los demás sus propias responsabilidades, reforzar –si eso es posible– la gestión propagandística de la crisis y presionar al PP para que se preste a adherirse a los Presupuestos que quiera proponer; por supuesto, sin atisbo de reconocer en el primer partido de la oposición su condición de interlocutor necesario para definir las reformas que España requiere de manera apremiante.

En esta situación, iniciativas como la moción de censura que Vox se dispone a presentar no hacen más que agravar el estado de irrealidad en la que se mueve la política española, a la que no faltan episodios para distraer y distraernos. «Españoles, ¡a las cosas!», pedía Ortega. No es mala exhortación, sobre todo si esas cosas son las cosas de comer.

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

Por encima de la ideología

MIQUEL ESCUDERO



Tres años antes de que muriera Franco, Josep Pla sufrió un infarto. Tenía 75 años y lo primero que hizo fue pedir que le atendiera el doctor Fuster. Este llegó desde Palafrugell, eliminó su dolor y lo envió de inmediato a una clínica barcelonesa. ¿Quién era este médico? Un comunista español que se exilió en Rusia, donde pasó veinte años, siete de ellos en el campo correccional de Kengir (trabajos forzados, vejado, sin

descanso semanal y sin la alimentación mínima) por expresar sus discrepancias políticas, movido por su conciencia de dignidad y su sentido de la honradez personal. Nunca fue un fanático y tenía ideas propias. Fuster era reacio a las cantinelas que ensalzaban a Stalin como «el genial defensor de la causa de Lenin» o «el educador del pueblo soviético».

Al hondo desengaño se sumaban los efectos de una cruel represión: las espo-

sas de los detenidos políticos se veían forzadas a olvidarse de sus maridos, declarados «enemigos del pueblo», y a divorciarse de ellos como símbolo de un imprescindible repudio. Demasiado dolor acumulado, una erosión demoledora.

¿Cómo se puede soportar todo eso? ¿Cómo enfocar estas vidas torturadas si se ocultan las huellas de un daño hecho a propósito? Nunca desde el subsuelo de una ideología, cuyos mandantes justifican siempre sus decisiones, orientados por la obsesión por imponerse y hacerlo notar. Sólo por encima de las ideologías nos podemos aproximar a la realidad personal, captarla y atenderla. Pla compartía con Julián Fuster su escepticismo y dijo de él que «lo entiende todo porque prescinde de los prejuicios y de los convencionalismos». Si, esto es inteligencia.